

IV

Nos parece oír que algunos de nuestros lectores, cansados con la monotonía de tantas citas sobre un mismo asunto, exclaman: ¡basta por Dios! ¿y todavía siguen las citas sobre un hecho tan conocido? Es verdad, lectores muy queridos, contestaremos; pero no olvideis que no lo es para todos, ni todos los que nos favoreceis leyendo nuestros escritos habéis sacudido totalmente el yugo clerical. Tenednos una poca de paciencia y acompañadnos en nuestra exploración, bien seguros de que las pruebas nunca estarán demás cuando se trata de sacar triunfante á la verdad,

Alonso Venero, hablando de las miserias de aquellos tiempos dice: «¿Qué mayor mal podría existir que el que una mujer por su engaño usurpase el trono pontifical de Cristo? (1)

El fraile Juan Pineda, dice: «Caso fué que causó grande asombro, que una mujer se atreviese á ser Vicario de Dios. Pues aún la Santa Virgen María por ser mujer, es inhábil para ejercer un oficio eclesiástico. (2)

¿Pero? Mexía: «Todos saben y han leído que hubo un papa mujer, pero como la historia completa no es generalmente conocida, yo la daré aquí. Fué, pues, una mu-

1 Enchiridian temporum.

2 Pineda Part. 3ª lib. 18 cap. 2. 3. 6

jer natural de Inglaterra, la cual en su mocedad tuvo deshonesta conversación con un muy grande hombre en letras, del cual siendo muy amada, y él de ella, tomando hábitos de hombre llamándose Juan, dejó su patria y naturaleza, y fué con él á la ciudad de Atenas, en Grecia, en la cual había en aquel tiempo grandes academias y general estudio. Donde con su buen ingenio y mucho estudio aprendió y supo tanto, que venida desde algunos años á la ciudad de Roma, todavía en hábitos de hombre, tuvo cátedra y enseñó públicamente. En lo cual, y en las públicas disputas llegó á tanta estimación, que fué tenida por el más docto hombre de su tiempo, y alcanzó tanto favor y autoridad sobre todos, que vacando después la silla apostólica por muerte de León IV, de este nombre, en el año del Señor de 852, fué elegida, creyendo ser hombre, por sumo Pontífice de Roma y papa universal en la Iglesia de Dios: y así presidió en aquella silla dos años y treinta y tantos días. Y como aún en aquel trono puesta, no guardase castidad, tuvo ayuntamiento con un esclavo suyo muy privado, en quien mucho se fiaba y del cual se hizo preñada; y lo encubrió con tan gran diligencia, que nadie más que aquel lo sabía. Y como Dios no quisiese permitir que tan gran mal durase más tiempo, acaeció así: que un día yendo ella con la solemnidad que solían á visitar á San Juan de Letrán, y fuese el tiempo que debía de parir, llegado, del pecado secreto plugo á Dios de hacer público castigo. Llegando á cierto lugar entre la Iglesia de San Clemente y el Teatro, que impropriamente llaman coliseo, con graves dolores parió una criatura con espanto desigual de los que allí estaban, y juntamente murió allí súbitamente y fué enterrada sin honra ni pompa alguna. Por este caso tan extraño, que en aquel lugar pasó, es común opinión que, cuando los sumos Pontífices después acá van al Lateranense tem-

plo, en llegando cerca de allí tuercen su camino, y no pasan por aquel lugar en detestación de tan horrible caso. Y también por que otra mujer como la dicha; por ventura no pudiese hacer semejante engaño; hay hoy una silla en el palacio sacro abierta por lo bajo, para que se pueda ver encubiertamente si es hombre el que se elije. Dícese también que hay en aquel camino una estatua de piedra que representa el parto y muerte de esta atrevida mujer. (1)

Este escritor, que era excesivamente supersticioso y papista, funda sus afirmaciones en relatos hechos por autores que gozan de gran crédito y cita á Platina, Martino, Sabelico, San Antonio, &c.

Cipriano Valera en sus *Dos tratados* trascribe el anterior relato apoyándolo en otros historiadores y añade lo siguiente:

Lo que dice (Pero Mexía) de la estatua, y porqué está allí, es muy gran verdad. Pero es de saber que la ceremonia de la silla para ver si es hombre ó mujer, no se usa ya, la causa es, porque los que son elegidos por papas, se han habido tan honestamente, que no teniendo mujeres legítimas, se han mostrado ser hombres en las mancebas, rameras. . . . que tienen, de las cuales ellos han habido bastadores y bastardas. Sergio tuvo un hijo de una gran. . . . llamada Marozia, como lo cuenta Luithprando, escritor antiguo. (2) Este hijo de papa fué también papa llamado, Juan XI Juan XII tuvo un bastardo que también fué papa llamado Juan XIV. Inocencio VIII tuvo ocho hijos y otras tantas hijas. Pero dejados los papas antiguos vengamos á los modernos ¿cuántos bastardos y bastardas tuvo nuestro español Alejandro VI? De León X, dicen que tuvo bastardos y que Clemente VII era

1 In vitis imperatorum et in Sylva variarum lection cap. IX.
2 Lib. II. cap. 13 y lib. III cap. 12.

su hijo. Y las demás abominaciones que de él cuenta el Obispo Paulo Jovio. Paulo III tuvo bastardos, entre los cuales tuvo uno, el más abominable sodomita de cuantos hubo en su tiempo, y por tal fué muerto. Pero Luis era su nombre. El papa Gregorio XIII, que ha poco murió (esto lo escribía en el siglo XIV) también tuvo bastardos antes de ser papa y aún siendo papa. Juan Pannomio, dá la misma razón que hemos dado, en estos versos.

*Non poterat quiscuan reserantes oethera claves,
Non exploratis sumere testiculis,
¿Gur igitur nostro mos hic jam tempore cessat!
Anté probat sese quilibet esse marem.*

Aquí haremos á los papistas, continúa Valera, y con mayor razón, las mismas preguntas que hicimos hablando de Constantino II: ¿Qué dirán de los obispos y arzobispos y otros eclesiásticos que ella ordenó, ó por su autoridad se ordenaron? Quitada la causa, el efecto cesa. Como ella, según sus cánones no era papa, así todos estos que ordenó, no fueron sacerdotes, no celebraron ni consagraron: todo el pueblo idolatró oyendo sus misas:

En tiempo de esta Juana vino el emperador Luis II, hijo de Lotario, á Roma, y tomó de su mano el cetro y corona imperial y la bendición, como ellos llaman, de San Pedro. En tiempo de esta reinó en España D. Alonso III, como el obispo de Palencia D. Rodrigo Sanchez contando la vida de D. Alonso III lo dice. En su tiempo, dice, se sentó en Roma León IV Juan VIII, Benedicto III, Nicolás I, y D. Alfonso de Cartagena hablando del mismo rey en sus *concurrentes* nombra á León IV y á Juan inglés.

¿Qué más podría decirse para justificar la verdad del

hecho de que nos hemos ocupado? Nada seguramente; pues, no obstante elegid un monigote, el que gustéis, y pedidle su opinión acerca de lo que ha publicado *El Combate* respecto de la papisa Juana, y vereis luego que tomando un aire magistral, os contesta con estudiado desdén ¡Tonterías! ¡necedades! ¡invenciones de ese papel indecente, en el cual no se escribe una sola verdad! ¡Mienten esos enemigos de la religión! etc., etc., etc.

He equí la mejor prueba que os podemos ofrecer para que acabeis de conocer á la garduña de sotana.

COMO FUE PAPA BONIFACIO VIII.

QUIERO que esta carta sea como un paréntesis en la narración que me he propuesto hacer de las clandestinas importaciones de dogmas, misterios, sacramentos y otras mil baratijas que del brahmanismo, budhismo y masdeismo se han apropiado los cacos de sotana, para no cansar con la monotonía de mis relatos á quienes me favorecen leyendo mis cartas; pero no dejaré por esto mi tema, que es el de poner en evidencia al catolicismo y sus representantes, y á este propósito levantaré tan alto la camisa á algún papa, que de testimonio de sus vergüenzas hasta el último sacrismocho.

¡Parece increíble que la influencia de la *mano negra* pueda por medio del fanatismo, llevar á la personas más cuerdas é inteligentes hasta la insensatez, y hacerlas aceptar como verdades los más groseros absurdos! Un hecho de tantos como registra la historia y cuya vigencia nadie puede poner en duda, servirá de materia á esta carta.

El Cardenal Benito Gaetano sirviéndose de una horadación que mandó practicar en la pared y de un porta-voz, espantó de tal modo al palurdo ermitaño

Pedro Mouron, que bajo el nombre de Celestino V gobernaba la iglesia, diciéndole que perdería su alma si no abdicaba, libertándose así de un peso superior á sus fuerzas, que al fin, creyendo que estas voces eran avisos del cielo para la salvación de su alma, y por otra parte convencido de que su ignorancia lo haría cometer errores, abdicó ante sus cardenales. Gaetano en seguida se hizo nombrar pontífice y tomó el nombre de Bonifacio VIII. Su primer cuidado fué hacer que el *Sacro Colegio* confirmara la abdicación de Mouron, y luego mandó aprehender á este desgraciado y lo hizo morir de hambre en un calabozo.

Este monstruo de orgullo y de ambición, invento el Jubileo que le produjo inmensos tesoros. Era tal su avaricia que no había valladar que pudiera contenerlo en sus proyectos. Según refiere Desmarests, citado por H. de la Chatre, anunció públicamente que tenía á los ángeles á sus órdenes, y que iba á hacer que éstos trajeran de Nazaret la casa en que nació, se casó y concibió al Redentor la Virgen María. Ocho días después ordenó á los pueblos que fuesen á ver la casa traída por los ángeles, que se hallaba colocada en la colina llamada Tersalto, en Dalmacia.

La distancia á que se hallaba de Roma, impedía que los fieles pudieran llevar sus ofrendas, y tres años siete meses después mandó á los ángeles que trasladaran la casa al centro de un bosque de Racanati. Este segundo prodigio produjo nuevos tesoros, pero los cacos de la baja Italia partían algunas veces con la Virgen los dones de los devotos. Con este motivo Bonifacio la mandó mudar á otra parte, y de allí, por otro incidente, á un campo propiedad de una mujer llamada Loreto, donde por estar cerca de Roma permanece hasta hoy.

Vuelvo ahora á ocuparme, no ya de los milagros

que ordenaba hacer á los ángeles este *Santísimo Padre*, sino de las prendas que, según la historia, adornaban á tan insigné caballero de industria.

En la gran asamblea que en el Louvre mandó que se reuniera Felipe el hermoso; el 12 de Marzo de 1303, para oír la acusación que de Bonifacio iba á presentar Guillermo de Nogaret, este embajador se expresó en los siguientes términos: «Pido, ilustres señores, que el cardenal Benito Gaetano que se hace llamar pontífice, sea acusado como ateo, simoníaco enemigo de Dios y de los hombres, incestuoso, ladrón, sodomita, y destructor de la religión. Suplico al Rey que convoque á sus Estados, á fin de que publique una ordenanza para la reunión de un Concilio que juzgue á Bonifacio.»

En la asamblea formada por los Estados generales, Guillermo de Plesiss, Luis conde Saint Paul y Juan conde de Dreux, en presencia de la nobleza, del clero y del tercer Estado, acusaron á Bonifacio de no creer en la inmortalidad del alma, de que negaba la presencia de Cristo en la eucaristía, de que predicaba públicamente que un papa, siendo infalible, podía cometer incestos, violaciones y asesinatos sin ser criminal, y que era una herejía acusarlo de haber pecado. En la misma asamblea se ofrecieron testigos, que afirmaron que el papa vivía en concubinato con sus dos sobrinas, y en ambas había tenido muchos hijos.

El historiador italiano Juan Vallani, citado por la Chatre, llama á Bonifacio sacerdote cruel, ambicioso, corrompido, orgulloso y avaro, y copia algunos pensamientos recogidos en documentos auténticos, cuya fórmula es la siguiente:

«Que Dios me proporcione el bien en este mundo: lo que es la otra vida me importa un comino.— Los hombres tienen almas semejantes á las de las bestias»

«ni las unas ni las otras son inmortales.—El Evangelio enseña más mentiras que verdades: el parto de la Virgen es un absurdo, la encarnación del hijo de Dios es ridícula y el dogma de la transustanciación una tontería.—Las cantidades que la fábula de Cristo ha proporcionado á los sacerdotes son incalculables.—Las religiones se han creado por ambiciosos para engañar á los hombres.—Es necesario que los eclesiásticos hablen como el pueblo, pero que no tengan sus mismas creencias.—El abandono á la voluptuosidad con una doncella ó mancebo, es tan pecado como frotarse uno mano con otra.—Es necesario vender en la iglesia todo lo que los tontos quieren comprar.»

Dábase lectura á este pasaje histórico en un círculo de obreros, y escandalizado uno del auditorio, exclamó con admiración: ¡no, eso no puede ser cierto! Un viejecito que estaba entre los presentes, sonriendo le dijo: «dime, angelito de Dios, ¿crees, por ventura, que es algo mejor la jarandina clerical de hoy? ¿Puedes darle otro nombre que el de robo á la inmensa colecta que se ha hecho con el ridículo pretexto de la coronación de la Virgen de Guadalupe?» Bien dicho, dijeron todos.

LEYENDA ORIENTAL DEL CHRISTNA Y SUS SEMEJANZAS CON EL CRISTO



ADMITIDA como auténtica la leyenda del pecado original, la descendencia adámica quedó esperando el cumplimiento de la promesa hecha por Brahma á Heva, esto es: que Vischnú se encarnaría en el seno de una mujer, y traería á todos la esperanza de la recompensa en otra vida.

Paso, pues, á ocuparme de la leyenda india, tan compendiosamente cuanto requieren los estrechos límites de una carta, y sirviendo á mi propósito el relato que Mr. Jacolliot hace en su obra *La Bible dans l'Inde* sobre la milagrosa concepción, nacimiento, vida y muerte del redentor Christna:

«4,800 años antes de la Era Cristiana, existía en la Ciudad Oriental de Madura un tirano rey llamado Kansa, á quien en sueños le fué revelado que un hijo que nacería de su sobrina Devanaguy le destronaría. Kansa, temeroso de que semejante sueño se realizase, puso presa en una torre á su virgen sobrina, mandó tapiar la puerta y estableció guardias que vigilaran constantemente la torre.

Durante la larga prisión de su sobrina tuvo la idea de envenenarla para evitar así todo el peligro, y el

propinó en los alimentos un activo veneno, pero éste fué absolutamente ineficaz. Después resolvió hacerla morir de hambre, pero tampoco hicieron falta los alimentos á la prisionera.

La virgen concibió con la asistencia divina; pasado el período de la gestación, dió á luz un niño, quien, según la leyenda del Génesis indio, debía llevar el nombre de Christna (en sanscrito, *sagrado*). Este niño era Vischnú, segunda persona de la Trinidad Védica.

Al primer vagido del niño, un fuerte viento abrió una brecha en la torre, y Devanaguy con su hijo fué trasportada milagrosamente á la casa del pastor Nanda, donde fué adorado por los pastores de la comarca.

Al ser informado Kansa de lo ocurrido, entró en tal furor, que ordenó fueran degollados todos los niños varones nacidos esa noche.

Christna escapó milagrosamente de este peligro y de cuantos lo cercaron toda su vida, hasta la hora de su muerte, que esperó tranquilo orando á la margen del Ganges, cuando fué terminada su misión.

Diez y seis años tenía Christna cuando comenzó á predicar, reprobando la división de la humanidad en castas, *desenmascarando la hipocresía sacerdotal*, enseñando la igualdad ante Dios, la fraternidad humana y la moral más pura. Conmovió todo el Oriente con sus sabias enseñanzas y sus portentosos milagros, resucitaba muertos, curaba ciegos, sordos, mudos, tullidos, paralíticos, cojos, mancos y todo linaje de enfermedades. En todas partes, al presentarse se le recibía con ramos, se sembraba su camino de flores y era aclamado como el redentor prometido por Brahma á Heva para la salud del género humano, y él mismo afirmaba ser Vischnú.

Cuando ya fué un hombre, se rodeó de discípulos, entre éstos estaba uno llamado Ardjuna á quien ama-

ba singularmente y otro llamado Sarawasta quien, siendo un jefe el más encarnizado perseguidor de Christna, cuando lo vió, á la sola majestad de su mirada se rindió, y despojándose de sus insignias de mando le rogó le admitiese en el número de sus discípulos, siendo después su más fiel defensor y el más entusiasta propagador de sus doctrinas.

Un día, amagados Christna y sus discípulos por un ejército numeroso mandado por Kansa en su persecución, los discípulos desmoralizados pensaban en la huida. Christna, que conocía sus pensamientos, se presentó entre ellos y les dijo: «¿acaso no sabeis con quien estais?» y se transfiguró tomando su forma divina. Entonces los discípulos avergonzados de su cobardía cobraron aliento y le llamaron *Jeseus* (en sanscrito, la pura esencia).

Terminada su misión se apartó de sus discípulos prohibiéndoles que le siguiesen, y estando en oración fué asesinado por los sicarios sacerdotales.

Quien quiera conocer la extraordinaria semejanza que existe entre Jeseus Christna redentor de la India y Jeseus Christos (Jesucristo) que lo fué de la Judéa, puede ocurrir á las obras del sabio indianista L. Jaccolliot *La Bible dans l'Inde, Christna et le Christ* y la *Histoire des Vierges*, donde encontrará todas las fábulas inventadas por los brahmanes y copiadas por todos los pueblos de la tierra.

Abundan los comentarios, pero la ingrata tarea de hacer los que brotan de la rara semejanza de la historia de los dos innovadores la dejó á los católicos, quienes sabrán explicarse el por qué, hechos que tuvieron lugar tantos miles de años antes de existieran Moisés y Jesucristo, se hallan vigentes en el catolicismo, como originales y legítimos hijos suyos.

Si la patrística de los primeros siglos del cristianis-

mo, fanática ó mal intencionada, pudo forjar el monstruo llamado catolicismo, robando descaradamente á otras sectas cuanto necesitaba para darle la forma que hoy reviste: si la larga serie de ladrones ambiciosos y asesinos llamados pontífices, ha continuado la obra de destrucción del verdadero cristianismo, fanatizando y embruteciendo la grey cristiana, imponiéndole la fé ciega y espantándola con el infierno y las penas eternas; si los concilios han impuesto como leyes sus caprichos á la humanidad ignorante, y si aún la vil canalla de escamoteadores de iglesia sigue en su negro afán de sostener como verdades sus garrafales mentiras, de insultar á nuestras autoridades, pisotear nuestras leyes y robar á los sencillos con pretextos piadosos, que no olvide que la generacion que se levanta cuenta entre sus deudos millares de víctimas sacrificadas por la perfidia clerical en las luchas de Reforma y de la segunda independendencia y iguay de los vencidos el día de la revancha!

LA TRINIDAD VEDICA Y LA CATOLICA

UPUESTO la incontestable verdad que forma el contenido de mi carta anterior, quiero seguir, paso á paso, la leyenda Védica, no ya con el fin de patentizar la extraordinaria semejanza entre las historias de los dos grandes innovadores, sino el desvergonzado cinismo de los plagiarios católicos.

Así, pues, si la madre del Redentor Indio lo concibió siendo virgen, la del Redentor Judío debía concebirlo del mismo modo; si aquél llevó el nombre de Jeseus Christna, éste debía llamarse Jesu-Christo, si aquél escapó milagrosamente del degüello ordenado por el tirano Kansa, éste debía escapar milagrosamente también del que ordenó el tirano Herodes; si aquél cuando fué hombre se rodeó de discípulos, entre los que había un Ardjuna á quien distinguía singularmente en su cariño, y un Sarawasta que lo fué después de haber sido su más acérrimo perseguidor; éste también cuando fue hombre se rodeó de discípulos y tuvo entre ellos á un Juan, que amaba tiernamente, y á un Pablo, que lo fué también después de haber sido su más mortal perseguidor. En fin, era preciso rodear á éste de todos los caracteres y atributos de aquél, desde su concepción hasta su muerte.